

irras

la UNIVERSIDAD

"LEY, CARTEL y CASCABEL"

PEDRO AGUSTIN DIAZ ARENAS



En torno a la filosofía colombiana de fin de siglo

CARLOS SÁNCHEZ LOZANO

Trabajo fotográfico: Rafael Baena

En una palabra, todos se tienen por superiores en la medida en que creen no tener la necesidad de trabajar. Y según este principio se ha llegado tan lejos, que hoy se anuncia sin fingimientos y públicamente una pretendida filosofía, según la cual no se debe trabajar, sino solamente escuchar al oráculo que hay en uno mismo y disfrutarlo para entrar en plena posesión de toda la sabiduría divisada por la filosofía.

Immanuel Kant, *Acerca de un tono exaltado que recientemente se alza en la filosofía* (1796)

ANOTACIONES GENERALES

UNA REVISIÓN DE LA FILOSOFÍA PRODUCIDA EN COLOMBIA EN EL ÚLTIMO DECE-
UNIO DEL SIGLO XX*, forzosamente panorámica, dejará más una sensa-
ción de preocupación que de optimismo. Con Ernst Bloch se diría que,
aunque mirando hacia delante, se avanza hacia atrás. Si bien ha aumentado el número de filósofos profesionales y las facultades e institutos universitarios de filosofía han ganado algún papel de importancia dentro de la vida académica, se publican más revistas y se organizan más foros, persisten viejos vicios y limitaciones que tienen mucho que ver con la forma como se valora la filosofía en Colombia, se lee, se enseña, se publica y se discute. Todo esto no es nuevo y es consecuencia del modo como la filosofía moderna ancló en Colombia hacia mediados de los años 40, cuando Danilo Cruz Vélez y Rafael Carrillo fundaron la primera facultad de filosofía en nuestro país.

El dogmatismo, la improvisación, el desconocimiento de los grandes hitos de la filosofía occidental, las lecturas temerarias o parcializadas, el olvido de la historia y las lenguas clásicas, cierta creencia de que la filosofía es el reino de la *boutade* y la charlatanería edulcorada con palabras raras, han persistido en nuestro medio. Cierto que están las excepciones, pero éstas no logran disimular la medianía generalizada.

Repentinamente en los últimos diez años, en el ámbito universitario de la filosofía colombiana, empezaron a encontrarse, sin cita previa, voces múltiples de origen diverso. La mayoría querían ser oídas, leídas, y en algunos casos, seguidas. Esto pareció, de pronto, volverse un manicomio babilónico: los nitzscheanos de rumba y nihilismo dominical, axiólogos de fundaciones jesuíticas, derrideanos incomunicados, marxistas en fuga, metafísicos o empiristas, poetas de la vaguedad, zuletistas, filósofos de la liberación, los aislados devotos de *Ser y Tiempo*, neoescolásticos, habermasianos, los que siguen creyendo que Nicolás Gómez Dávila y Fernando González hacían filosofía (o antifilosofía), los cioranes en versión paisa, los anarquistas con puesto profesoral de dos millones, los Wittgenstein de la aldea... En fin.

Pero no hay suficientes interesados para tantos ismos. Y la filosofía, todavía, sigue siendo considerada una carrera inútil, un preámbulo al fracaso. El llamado paterno

Página anterior:

Pedro Agustín Arenas, *Tras la universidad. "Ley cartel y cascabel"*, Santafé de Bogotá, Editorial El Búho, 1996.

Este ensayo analiza libros y revistas publicados entre 1989 y 1999. Como fuente bibliográfica, se ha utilizado la base de datos de la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá. Agradecimientos por su colaboración a Gilma Rodríguez Uribe.

("te morirás de hambre") pesa, y si uno pregunta en la calle "¿qué hace un filósofo?", probablemente la gente asombrada responderá, muy filosóficamente: "Nada". Curiosamente, nadie se enfrenta con nadie. Es el reino de la tolerancia, donde todas las ideas son bienvenidas pero ninguna es polemizada. El mundo académico como *discours*, no como realidad. Se diría, paradójicamente, que la colombiana es una filosofía que se cuida mucho de filosofar.

LOS PROFESORES

Uno de los obstáculos más serios para el avance de la filosofía en Colombia radica en los profesores que la enseñan. Frente a docentes de alto nivel representativo como Cayetano Betancur, Danilo Cruz Vélez o Rafael Carrillo, finalmente triunfó el burócrata anónimo: el profesor de caminar lento, palabra pausada y discurso insustancial, cuando no el *hippy* neoliberal, como Antanas Mockus, que llega a clase en bicicleta, mientras es vigilado por escoltas, y escapa por la ventana para no ser linchado por sus estudiantes. Las diversas reformas que ha sufrido la educación superior en Colombia (la última en 1992, que fortaleció la hegemonía de la universidad privada y prácticamente anuncia la desaparición de la pública), han beneficiado a este tipo de profesores¹. Los resultados, como lo ha señalado un severo crítico, se reflejan en "el descenso de la calidad y de la productividad científicas y la creación de profesionales 'robots', impersonales, apolíticos"².

Cierto que persisten los esfuerzos de un Rubén Jaramillo en la Universidad Nacional o de Carlos Másmela en la Universidad de Antioquia y que a las facultades de filosofía han ingresado, entre otros, profesores como Javier Domínguez, Jairo Escobar y Juan Manuel Cuartas, que han tratado de imponer rigor en sus clases. Pero ellos han tenido que observar silenciosos el ascenso y consolidación de ese grupo de docentes que finalmente impone su estilo pedagógico. Ese profesor que presenta la misma ponencia sobre Hegel en cinco eventos diferentes durante tres años y sigue impávido diciendo que el próximo año, ahora sí, publicará un libro total sobre el tema. El otro que se dice platónico y prepara un seminario sobre el *Menón*, utilizando la versión de Aguilar, ¡libro que carga en una bolsa de supermercado, balanceándolo de un lado a otro con orgullo!

El recién llegado de Francia, doctorado por Derrida, que anuncia el último grito de la moda en un metalenguaje que entienden él y cinco de sus amigotes compinches, y se envalentona diciendo que lleva leyendo la *Crítica de la razón pura* (en español, claro) diez años, pero que aún no la acaba de entender (cierto: la masa lo escucha con fervor... un tiempo, mientras aparece otro con una estrategia de mercadeo filosófico más astuta y le rapa el selecto séquito). El reconocido seguidor de la filosofía analítica que escribe un libro sobre la responsabilidad social del intelectual (y la exige), pero en su actividad profesoral asume la intriga como hábito de trabajo y luego deviene tranquilo antologista de traducciones poéticas.

Persiste, en definitiva, la estafa intelectual. Y las facultades de filosofía más parecen pasarelas de vanidades que centros de estudio.

LOS CURRÍCULOS

Si bien es verdad que los currículos de filosofía en Colombia han estado marcados por la elaboración improvisada y por el interés en mantener unas corrientes de pensamiento en demérito de otras, en los diez últimos años prácticamente lo que se ha vivido es una anarquía patrocinada desde los consejos superiores y directivos de las universidades. Desapareció el estudio del griego y del latín, las clases de alemán y

¹ Sobre el papel que cumplieron en esta reforma los filósofos Luis Enrique Orozco, Antanas Mockus y Guillermo Hoyos Vásquez, véase *Tras la universidad: ley, cartel y cascabel*, de Pedro Agustín Díaz, El Búho, Bogotá, s.f., págs. 74, 115, 125 y sigs.

² Rafael Gutiérrez Girardot, en "Universidad y Sociedad", Argumentos, núms. 14-17, 1986, pág. 64.

francés se incluyeron entre las materias opcionales y los seminarios con invitados internacionales no se volvieron a realizar. Según el decano de turno y sus inclinaciones filosóficas, pueden llegarse a ver más horas de clase sobre Lacan o algún posmodernista de moda, que sobre Descartes o Kant. No se leen las obras en lengua original, en un contexto hermenéutico o filológico riguroso, sino como novelas de libre interpretación polisémica.

Hay, como señala un filósofo estudioso del asunto, “carencia de Ilustración”. Se llega a la filosofía del lenguaje sin haber pasado por Kant; se discute a Nietzsche desde el vitalismo bohemio y la óptica francesa, pero no desde sus presupuestos filológicos; se habla de la crisis de la metafísica y de los grandes metarrelatos, pero no se lee con atención el prólogo a la *Fenomenología del espíritu* (1807), donde se anuncian estos eventos con casi doscientos años de anticipación.

Vista así la filosofía, desde el balcón burocrático, se pensaría que el camino está cerrado. La universidad se encuentra, pues, en la tarea institucional urgente de preguntarse por los fines de facultades cuyos presupuestos curriculares no concilian con las necesidades ni académicas ni científicas del país.

LAS EDITORIALES

Las editoriales que publican filosofía han avanzado relativamente poco en relación con el decenio anterior. Entre las privadas, Editorial Norma —en la colección Cara y Cruz— creó una línea, con un lánguido tiraje de quinientos ejemplares, que desafortunadamente ha sido inestable en su producción y cuyos criterios de publicación han sido vagos. Aparecieron *Fe y saber* de Hegel, otra traducción del *Discurso del método* de Descartes, un libro sobre Leibniz, la *Investigación sobre el entendimiento humano* de Hume, traducido por Magdalena Holguín, y una edición descuidada de *La voluntad de poder* y de los fragmentos póstumos de Nietzsche. Pero la colección súbitamente se detuvo³. (¿Algún editor de miras comerciales o un gerente de mercadeo consideró que no era rentable? Vaya uno a saber). Editorial Planeta ha editado, en este decenio, dos libros de Danilo Cruz Vélez, *Tabula rasa* (1991) y *El misterio del lenguaje* (1995), pero su fuerte son los libros de Fernando Savater, una mezcla de filósofo de ansias mediáticas y vulgarización periodística. Editorial Panamericana publicó, en 1997, un deficiente e impreciso *Diccionario de filosofía*, adaptación notoriamente abreviada del elaborado por García Morente. Siglo del Hombre, en 1998, bajo la dirección de Guillermo Hoyos, recogió las ponencias del 4º. Congreso Mundial de Investigación-Acción⁴. Aquí resulta curioso cómo lo impredecible, el agua y el aceite, se pueden encontrar en un extraño sancocho: la sociología ateorica y “revolucionaria” de Orlando Fals Borda y las posturas políticas y éticas del último Habermas, divulgadas en nuestro medio por Hoyos.

Las editoriales universitarias que tienen facultades de filosofía han intentado especializar sus fondos. La Universidad Santo Tomás se ha inclinado por reproducir parcialmente la obra del filósofo español Xavier Zubiri y, junto a Editorial El Búho, han recuperado el acervo de la filosofía escolástica en Colombia. En los últimos tiempos han pasado de un desatino a otro: de la “filosofía de la liberación” de Enrique Dussel y Leopoldo Zea al posmodernismo. La Universidad de Antioquia tampoco tiene un fondo específico pero al menos ha sido más cuidadosa publicando *Presupuestos metafísicos de la Crítica de la razón pura* de Carlos Másmela (1996) —además de sus traducciones de Leibniz—, *Teoría de la argumentación* (1994) de Alfonso Monsalve y *La reconstitución clásica del saber* (1994) de Iván Darío Arango.

La Universidad del Atlántico ha comenzado la edición de las *Obras filosóficas* del barranquillero Julio Enrique Blanco, haciendo justo homenaje a una obra no valo-

³ En orden son David Hume, *Investigación sobre el entendimiento humano* (prólogo y traducción de Magdalena Holguín). Bogotá, 1992; René Descartes, *Discurso del método* (traducción de Jorge Aurelio Díaz), 1992; G. W. Hegel, *Creer y saber* (también traducción de J. A. Díaz), 1992; Friedrich Nietzsche, *Fragmentos póstumos* (traducción de Germán Meléndez Acuña), 1992. La edición de los libros estuvo a cargo de Consuelo Gaitán.

⁴ *Convergencia entre ética y política* (comp. Guillermo Hoyos V. y Ángela Uribe), Santafé de Bogotá, Siglo del Hombre, 1998.

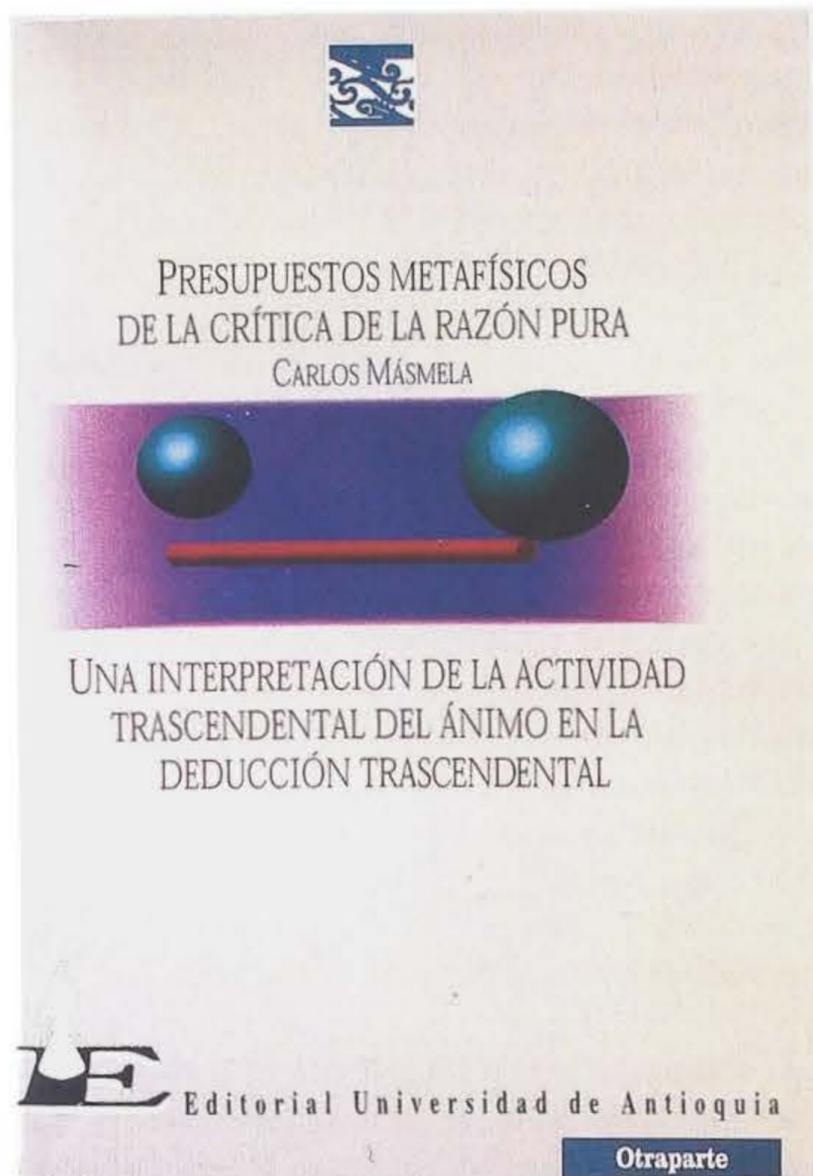
Danilo
Cruz
Vélez

El misterio del lenguaje



PLANETA

Danilo Cruz vélez, *El misterio del lenguaje*, Santafé de Bogotá, Planeta Colombiana Editorial, 1995.



Carlos Másmela, *Presupuestos metafísicos de la crítica de la razón pura*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1996.

rada en Colombia. La Universidad del Valle se ha inclinado por la filosofía del lenguaje y por la divulgación de Estanislao Zuleta, lo que da idea de su desorientación editorial. Entre tanto, la editorial de la Universidad Nacional no produjo nada de valía durante la dirección de Santiago Mutis, que prefirió publicar tomitos de poesía antes que ciencia.

Siempre que se presenta esta crisis de fondos editoriales de filosofía se suele citar a Ortega y Gasset y su *Revista de Occidente*, y de cómo una generación se educó en los libros publicados por su sello, pero en nuestro ámbito sería más oportuno recordar la tarea —sarmientina, arriesgada, utópica— del argentino Francisco Romero. Sobre su valor y su aporte ha recordado Danilo Cruz Vélez: “Romero pudo crear en torno a sí una gran comunidad filosófica americana, y llamar la atención de la sociedad y de las autoridades universitarias hacia la filosofía. Gracias a su gestión, la filosofía dejó de ser una actividad fantasmal al margen del cauce general de la cultura, cultivada por unas figuras solitarias y excéntricas; casi en todas nuestras universidades se fundaron facultades de filosofía y letras; por doquier aparecieron revistas de filosofía; las casas editoriales abrieron secciones especiales de filosofía. Esto es, en nuestra América se comenzó a vivir en la normalidad filosófica”⁵.

LAS REVISTAS

Ideas y Valores, de la facultad de filosofía de la Universidad Nacional, bajo la dirección de Jorge Aurelio Díaz, no parece haber recuperado su rumbo, que perdió en la administración anterior. El número 109 de 1999, por ejemplo, trae artículos sobre Rorty, el escepticismo filosófico, Frege, y otro sobre filosofía del lenguaje. Aquí el editor reduce su tarea a receptor y seleccionar materiales, y cumple con el compromiso de publicar la revista cada vez que se puede. Pero un editor no es sólo esto. Un editor

⁵ Danilo Cruz Vélez, “El legado de Romero”, en *Tabula rasa*, Bogotá, Planeta, 1991, págs.104-105.

es proyectivo, organiza números monográficos, encarga balances, busca colaboraciones idóneas, hace traducciones, recupera materiales perdidos entre la masa ingente de información. En definitiva, es una personalidad que impone su sello (ya se citó el caso de Francisco Romero) y propone un ámbito intelectual que caracterice a la revista.

Ideas y Valores parece hecha para marcyanos, y no que tuviera su sede en Colombia. Es lamentable —por citar sólo un caso de ausencias— que en una época de crisis pública tan demoledora como la que estamos viviendo, se les deje exclusivamente a los historiadores y a los sociólogos la revisión conceptual de lo que está pasando. ¿Por qué no se ha dedicado al asunto un número de filosofía política o de ética? Otro problema grave que presenta es su periodicidad irregular. Se deben buscar formas de autofinanciación o hacer coediciones con editoriales privadas, pues de lo contrario, y si se deja la responsabilidad de publicarla exclusivamente a la imprenta universitaria, puede tardar siglos en salir. No creemos, además, que publicar artículos enviados en inglés le dé un aire más cosmopolita. Es probable que muchos de los lectores —sobre todo estudiantes— no dominen este idioma y se pierda la oportunidad de reflexionar sobre algún tema de importancia.

Valiosos números monográficos ha producido Estudios de Filosofía —tal vez la mejor revista de este tipo que se publica en Colombia—. Editada en Medellín por la Universidad de Antioquia, y dirigida por Javier Domínguez, se destacan el número 5/92, que trae las excelentes traducciones de *La reforma de la filosofía* y *Specimen dynamicum* de Leibniz, hechas por Carlos Másmela y Alberto Betancourt, y el 12/95, dedicado en gran parte al problema de la mimesis en Aristóteles. El 13/96, que recoge las ponencias del primer seminario nacional de teoría e historia del arte, incluye, sin duda, aportes (sobre todo los artículos del director de la revista, de Jairo Escobar y de Beatriz González), con la excepción del gurú Jesús Martín Barbero, que repite lo mismo que ha dicho en los dos últimos años. Falta una sección de reseñas crítica y polémica, además de actualizada. Se podría fundar, al respecto, un taller con estudiantes de últimos semestres o de posgrado que las escriban, o sintetizar las que aparecen en revistas internacionales.

Praxis Filosófica, de la Universidad del Valle, ha tenido sus vaivenes. El número 2/92 sobre “Modernidad y posmodernidad” es apurado y pasa por alto, por citar sólo casos esenciales, los trabajos críticos que sobre el tema han publicado Marshall Berman, Perry Anderson y Ernest Gellner. Interesante resulta en este número el artículo de Augusto Díaz sobre Walter Benjamin. Un monográfico excelente es el 8-9/99 sobre filosofía antigua, dirigido por Juan Manuel Cuartas, quien ha sido un editor cuidadoso en la escogencia del material. Rara (mejor sería decir esnob) resulta la idea de publicar los *abstracts* en francés.

La Universidad Santo Tomás ha seguido publicando Los Cuadernos de Filosofía Latinoamericana, bajo la dirección de Daniel Herrera Restrepo. Terca en sus presupuestos —la idea de que América Latina debe producir una “filosofía propia”, una preocupación francamente delirante, además de anacrónica—, en los últimos números se ha mostrado interesada en reproducir la jergolatría francesa posmodernista (o posconfusa, como la ha llamado un crítico)⁶. La revista sufre de burocratización —escriben regularmente los mismos, tal vez con el ánimo de hacer más puntos para subir el sueldo— y algunos artículos aparecen escritos “a las patadas”, lo que nos hace recordar la sentencia de Cruz Vélez: “La mayor parte de nuestros filósofos ya no escriben en castellano, sino en una jerga ininteligible que no merece el nombre de lenguaje”. Es de reconocer la labor de Germán Marquínez Argote, uno de los colaboradores de la revista más asiduos, que se ha preocupado por presentar, aunque en desorden y sin un contexto establecido, la obra del gran filósofo español Xavier Zubiri, además de recuperar obras de filosofía colonial, trabajo que permitirá valorar mejor la incidencia de la escolástica en Colombia.

⁶ El desenmascaramiento de la charlatanería posmodernista lo ha hecho el físico Alan Sokal. La historia de todo el incidente aparece narrada en los números 13, 14 y 15 de la revista El Malpensante, publicado el primero en 1998 y los otros dos en 1999.

El profesor de la Universidad Nacional Rubén Jaramillo Vélez ha proseguido en su valeroso esfuerzo de editar independientemente la revista *Argumentos*. A partir de 1990 se han publicado menos números que en el decenio anterior, pero es explicable, pues resulta difícil mantener una revista que no tiene apoyo económico institucional. Entre los números se destacan el 24/27, con el título "Cientifismo, modernidad, educación"⁷, donde aparece un magnífico ensayo del director, en homenaje a los 350 años del *Discurso del método*. Se anuncia un número sobre Walter Benjamin, que a partir de su índice promete ser excelente.

Universitas Philosophica, de la Universidad Javeriana, es una revista de claustro, tradicional en sus criterios, con una periodicidad inusual para este tipo de publicaciones —semestral— y con una dirección editorial más bien conformista. No es una revista donde participen los estudiantes, ni que invite a la polémica. Un número que merece ser leído es el 29/30, de 1998, con artículos suscitados a partir de la lectura de Martha Nussbaum.

LOS DELIRANTES

Dos libros de filosofía publicados en la década del noventa —*El poder de la filosofía y la filosofía del poder* (1996) de Darío Botero Uribe, y *Lógica y crítica* (1996) de Estanislao Zuleta— llaman la atención porque reflejan modos como se hace filosofía en Colombia⁸. Se dirá que son casos aislados, pero esto no les resta importancia, pues provienen de la universidad pública y han obtenido alguna recepción en el ámbito académico (el segundo más que el primero).

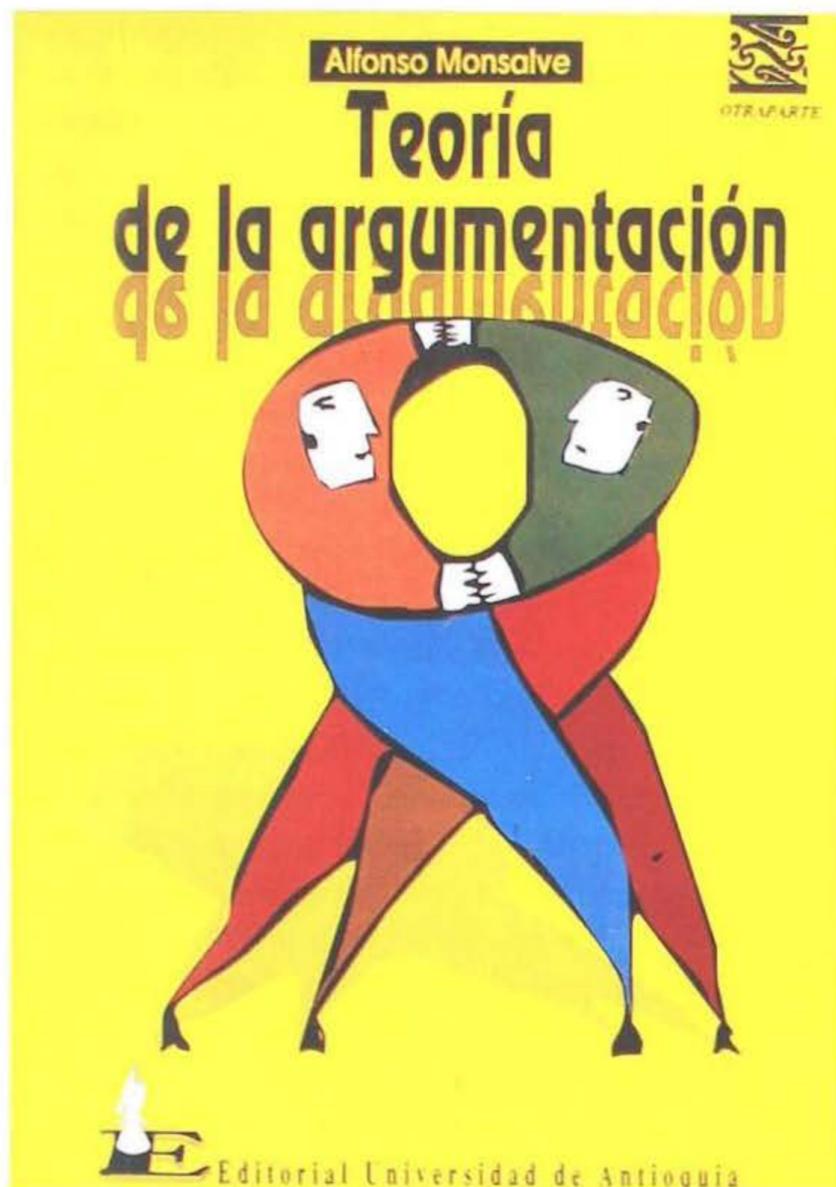
El voluminoso libro de Botero —ex decano de la facultad de Derecho de la Universidad Nacional— recoge sus asistemáticas impresiones sobre el sentido de la universidad hoy, la caída del socialismo en Europa oriental, sus anotaciones a un libro sobre Hegel escrito por un antiguo funcionario de la Casa Blanca. La deserotización de la vida actual y sus críticas al racionalismo instrumental, entre otros tantos temas. Botero es un filósofo poco serio. Gusta de las glosas y de las anotaciones realizadas al margen de página. Lee libremente, si por libertad se entiende en este caso el gozo por anotar necedades en voz alta. Los suyos no son conceptos, sino pseudoconceptos. Abruptamente puede afirmar algo ("la lectura de Nietzsche por Freud no está bien documentada"), pero cualquier lector sabe que esos son asaltos inocentes tendientes a descrestar paisanos. Sus alaridos por regresar a la utopía de mayo del 68, sus iras en contra del cientifismo y la tecnología son eslóganes absolutamente fuera de lugar. Nadie medianamente coherente puede valorar su idea de que hay que acabar con la universidad y reemplazarla por "una escuela de saber, de sensibilidad, de creación" y que para los jóvenes que quieran conseguir empleo rápido se deben crear "escuelas profesionales".

Las diferencias que, por ejemplo, tiene Botero de "tú a tú" con Rousseau, Hobbes y Locke, y su ego inflamado por súbitas ideas luminosas ("la democracia no es una forma de gobierno... es un horizonte que el hombre ha perseguido en todas las épocas") esconden, sin duda alguna, más un problema de figuración o de ostracismo personal que una preocupación seria por lo que quiere discutir. Y las peroratas de Botero a favor de un mundo no represivo, donde la libido halle su expresión libre, la democracia tenga carácter directo y los ciudadanos puedan expresar libremente sus opiniones a través de obras de arte, dejan la impresión de un desesperado profesor que quiere gritar su verdad y ser escuchado en un solitario desierto, antes que plantear de forma científica problemas filosóficos.

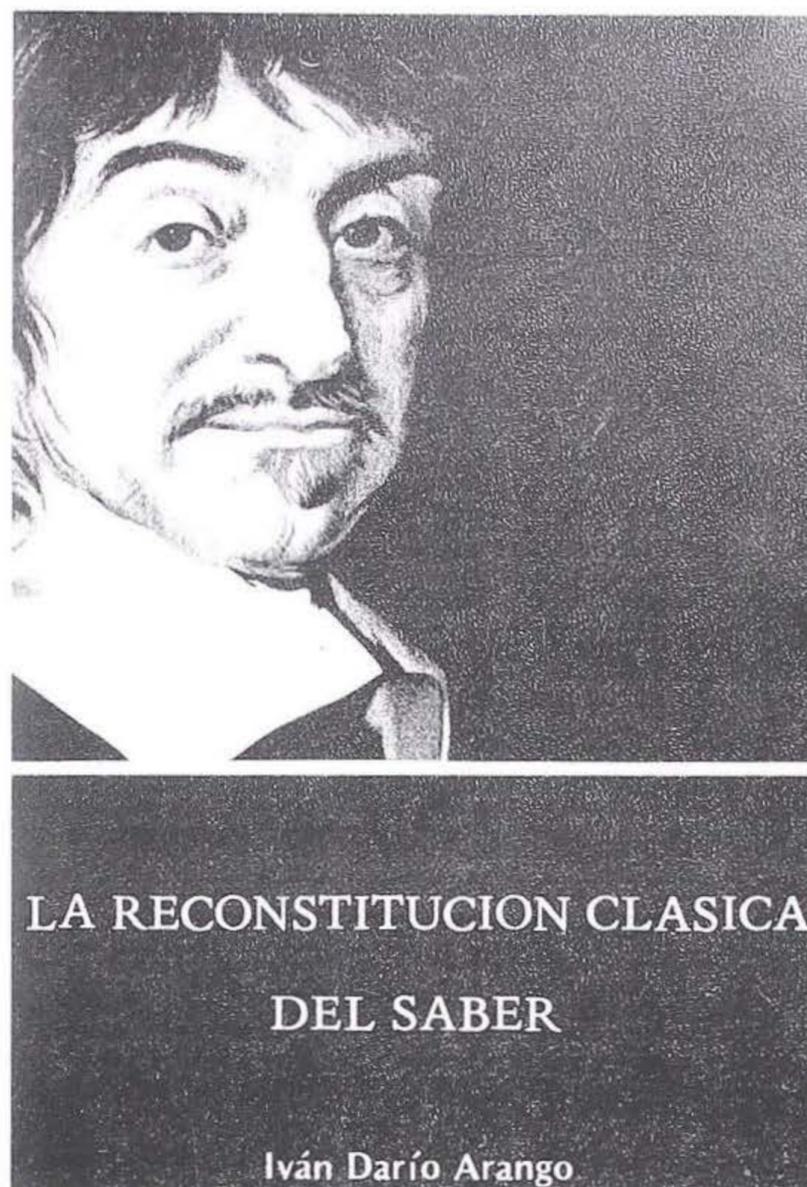
Lógica y crítica de Estanislao Zuleta no es menos undívago. Pero aquí el problema se duplica, porque no es un libro escrito por Zuleta, sino transcripciones de confe-

⁷ Este número es de 1990. Incluye la polémica de Perry Anderson con el libro de Marshall Berman *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (1982). La traducción al castellano es de Siglo XXI Ed., México, 1988.

⁸ Darío Botero Uribe, *El poder de la filosofía y la filosofía del poder*. Santafé de Bogotá, Universidad Nacional-Esap, 1996. Estanislao Zuleta, *Lógica y crítica*, Cali, Universidad del Valle-Fundación Estanislao Zuleta, 1996.



Alfonso Monsalve, *Teoría de la argumentación*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, Colección de ensayo, 1992.



Cubierta del libro de Iván Darío Arango, *La reconstitución clásica del saber*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1983.

rencias recogidas por el editor. Superando este escollo filológico, se comienza a leer el libro, pero pronto los tropezones se acentúan. Zuleta promete cosas que no cumple. Dice que intentará responder a la pregunta sobre el origen de la lógica y cuándo se produce como disciplina entre los griegos. Glosa la versión jesuito-hispánica de tres diálogos de Platón —*Teeteto*, *Simposio*, *Sofista*— hecha por Editorial Aguilar y empieza el libre pensamiento.

Sin embargo, cuando uno esperaría la discusión académica de un problema filosófico, de pronto Zuleta no concluye nada y se desboca en opiniones sustentadas en sus múltiples saberes —psicoanálisis, estética, economía, historia, pedagogía y derecho— tratando de relacionar a la fuerza el tema con la “realidad práctica”. La exposición se desordena: glosa las ideas de la ciencia que aparecen en el *Teeteto*; asume la función de antropólogo aficionado y trae a colación el papel crítico que la ciencia cumple en la transición de las sociedades mágicas a las sociedades civilizadas; se hace preguntas sobre el avance industrial de Angloamérica en relación con el de Latinoamérica; recuerda que la educación es síntoma fundamental del progreso de una sociedad, y que por eso la nuestra es atrasada, pues no enseña a dudar; divaga sobre el hecho de que estamos habituados a creer que lo sabido da poder cuando, al contrario, Platón recomendaba desaprender, pues “nuestros archivos están llenos y hay que comenzar a vaciarlos”; después anota que el conocimiento está íntimamente relacionado con el amor, y por eso de allí viene el nombre de mayéutica (“dar a luz”); recuerda que se le olvidó enseñar algo sobre la educación y recalca que ella nos invita a memorizar y retransmitir, pero no a interpretar o a criticar y... termina el acápite.

Las páginas siguientes del libro de Zuleta se leen como un carrusel loco. En ocasiones cita mal e inventa (su idea de que Husserl en *Crisis de la ciencia europea* [1935] politizó su trabajo filosófico debido a la persecución nazi), llega a conclusiones

chocarreras (“La lógica es una pócima amarga”), o dice babosadas como que Platón en el *Simposio* “reunió al máximo” sexo más conocimiento, cuando hubiera podido consultar —¡en castellano!— *Paidea*, la clásica obra de Werner Jaeger (la traducción es de 1942) y saber que ninguna lectura hermenéutica permite concluir semejante exabrupto. También anuncia con pomposos títulos temas que nunca desarrolla o lo hace de forma deficiente (De la ciencia a la política, La metafísica de Platón, El problema de la educación), y en otros casos, por evadir la bibliografía especializada, explica con tonos confusos lo obvio, como cuando habla sobre la relación entre la filosofía y la política, pasando por alto el libro *El mito del rey filósofo* (1989)⁹, que estudia los casos de Platón, Marx y Heidegger, y que el editor-discípulo debió considerar al ordenar las conferencias del maestro.

Sólo es posible pensar en Estanislao Zuleta como un vulgarizador de contenidos en medio de un ambiente académico atrasado, burocratizado, notablemente simulador, que no ha alcanzado la “normalidad filosófica” (Francisco Romero). Es probable —como lo sugieren sus discípulos Fabio Giraldo, Jaime Galarza, Fabio Jurado, Jaime Mejía Duque, William Ospina y en los últimos tiempos la poeta María Mercedes Carranza, quien lo declaró “intelectual de verdad”—, que a Estanislao Zuleta lo alimentaran altos ideales democráticos de divulgación del conocimiento —tal vez ello explique su voracidad autodidáctica y el interés en abordar múltiples temas de la filosofía, la economía, la literatura, el derecho, etc., etc.—, pero estos ideales de ninguna manera justifican la acientífica manera como Zuleta enfrenta el conocimiento, sus ínfulas de intelectual “renacentista”, sus conclusiones cantinflescas, su método educativo recargado en intuiciones azarosas y el yoísmo petulante que le impidió conocer las obras filosóficas en su lengua original, discutir con la bibliografía primaria y secundaria especializada, y producir una obra —escrita, por favor— de algún valor posterior.

LOS LIBROS CLAVE

Haciendo eco de la expresión cartesiana en el *Discurso del método*, Danilo Cruz Vélez, en *Tabula rasa* (1991)¹⁰, pretende partir de cero en la discusión con algunos problemas filosóficos. El libro incluye reflexiones sobre el desarrollo y devenir de la filosofía en América Latina, valora la obra de Ortega, Unamuno, Spengler y Francisco Romero, propone una lectura rigurosa de Kant y Schopenhauer, y plantea su visión historicista sobre la época actual, la moderna y la técnica. A diferencia de *Hegel a Marcuse* (1986) y de *El mito del rey filósofo* (1989), libros que podríamos llamar de gran alcance, éste, visto integralmente, es débil y algunos ensayos apenas si alcanzan el nivel de esbozos (cf., por ejemplo, “La anarquía de los humanismos”, netamente superficial en su valoración del desarrollo y la especialización de las ciencias humanas en la universidad de fin de siglo). Por razones de espacio se comentarán dos temas que permiten polemizar con el autor: la visión filosófica de la técnica y el papel de los intelectuales en este tipo de sociedad. No sobra recordar que Cruz Vélez sigue siendo no sólo un maestro de la prosa —sobrio, preciso, elegante— sino de la lectura de los textos filosóficos, la que ejerce con gran respeto filológico por el texto.

Cruz Vélez, antes de explicar cuál es la relación entre filosofía y técnica, hace, de modo general, un recorrido histórico remontando los orígenes de la época técnica a la publicación de los trabajos de Bacon, Descartes y Galileo en el siglo XVII. Reconoce el inmenso salto cualitativo que significó la invención de la máquina de vapor a finales del siglo XVIII y la forma como se alteraron los conceptos de trabajo, tiempo y espacio, pero sobre todo el brusco cambio que se dio en la relación entre el hombre y la naturaleza. Aunque para explicar el hecho no utiliza el concepto marxista de “cosificación” (desarrollado *in extenso* por György Lukács en *Historia y con-*

⁹ Danilo Cruz Vélez, *El mito del rey filósofo*, Bogotá, Planeta, 1989.

¹⁰ Danilo Cruz Vélez, *Tabula rasa*, Bogotá, Planeta, 1991.

ciencia de clase [1922]) y el de “pérdida del aura” de Walter Benjamin, sí reconoce que el dominio de la *res extensa*, se salió de las manos humanas cuando la técnica se convirtió en un nuevo “ídolo” indomitable.

Con nostalgia tácita, Cruz Vélez concluye que “nuestro mundo, como en el mundo imaginario de Bacon, está determinado por los científicos y los técnicos”. Aunque no hay un juicio de valor al respecto, parecería insinuar que lamenta que no esté manejado por los humanistas. Elogia los múltiples servicios y oportunidades que facilitan los grandes inventos de finales del siglo XIX y del XX, pero se pregunta, con razón, cuáles son los costos de tanto avance artificial. A su parecer son tres: 1. El deterioro progresivo del hábitat, 2. La sociedad industrial creada por la tecnología recorta el ser del hombre, mutilándole su ansia de creación y metafísica, y 3. El hombre ha sido desplazado por la sociedad de masas que lo moldea a su antojo. Para finalizar propone una humanización de la técnica —una “ética de la técnica”, sería mejor decir— que evite el desastre final que llevaría a la destrucción del planeta. Cruz Vélez no comenta en qué consistiría esa ética ni cómo operativamente lograría aplicarse en una sociedad de fines, globalizada y de mercados abiertos. Se deduce, entonces, que esta función le corresponde avizorarla a los intelectuales.

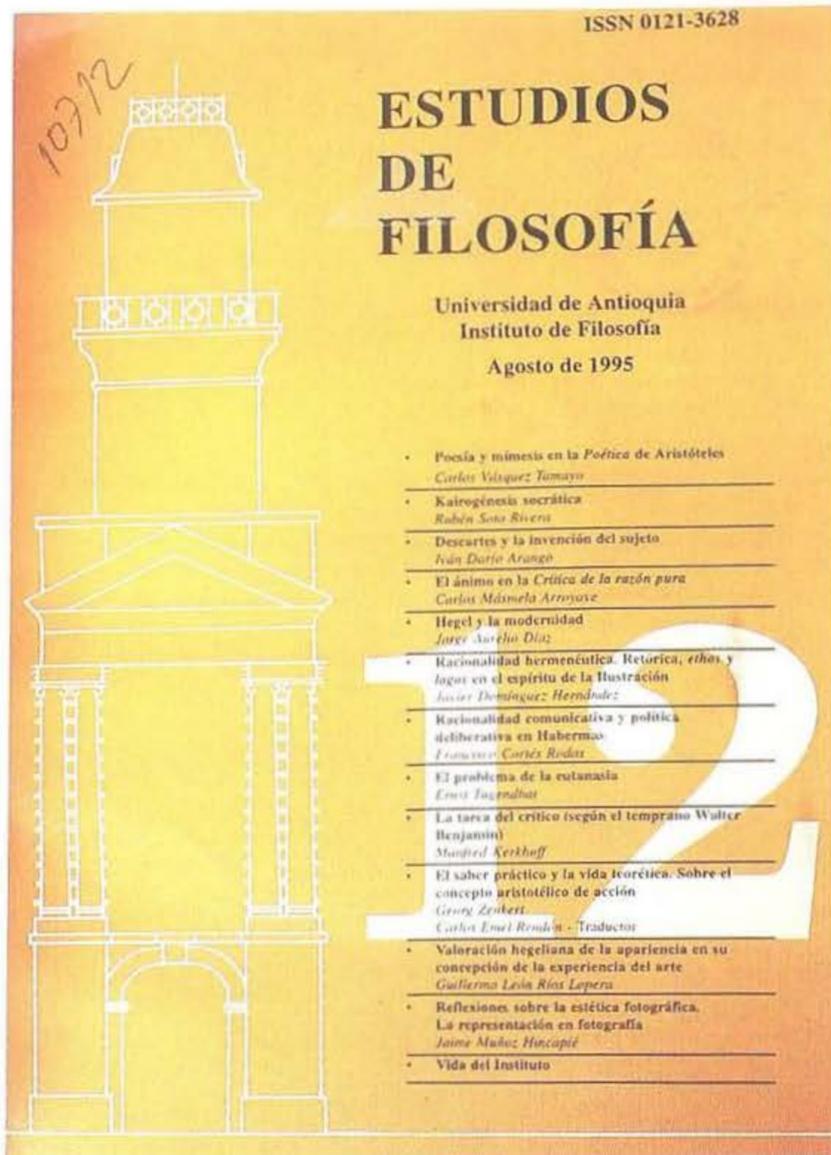
En el ensayo “El ocaso de los intelectuales en la época de la técnica”, Cruz Vélez, antes de intentar dar luces al problema, se remonta al origen y sentido de los intelectuales como grupo específicamente social. Según es habitual en su método de exposición, hace un recorrido histórico completo hasta llegar al intelectual moderno, esto es, el que surgió a partir del manifiesto de Zola en 1889, momento a partir del cual se inauguró, oficialmente, el término *intelectual*. Este papel del intelectual como fiscalizador y crítico del poder, según Cruz Vélez, lo puso en cuestionamiento Oswald Spengler en su libro *La decadencia de Occidente* (1918), un furioso llamado a las fuerzas de la vida en contra del *logos* y la *ratio*, conquistas de los intelectuales desde la época de Descartes.

Spengler sintetizó las corrientes en contra de la ilustración que se habían arraigado en Europa a partir de la primera guerra mundial, e impulsó un neorromanticismo vitalista que encontró su expresión material en los fascismos de los años 20 y 30. Robert Musil, en una fulminante reseña del libro, donde destruye sus presupuestos, señaló ese *pathos* irracional, muy acorde con la oscura atmósfera de la época: “Hago constar que yo no sopeso el libro de Spengler, sino que lo ataco. Lo ataco en lo que tiene de típico. En lo que tiene de superficial. Cuando se ataca a Spengler se ataca a su tiempo, del que ha brotado y al que le cae bien, pues sus defectos son los mismos. A los tiempos, empero, no se les lleva la contraria; no lo digo por agnosticismo, sino porque ningún ser humano tiene tiempo para dedicarse a eso. Lo único que se puede hacer con una época es no dejarla de observar y darle una cachetada de vez en cuando”¹¹.

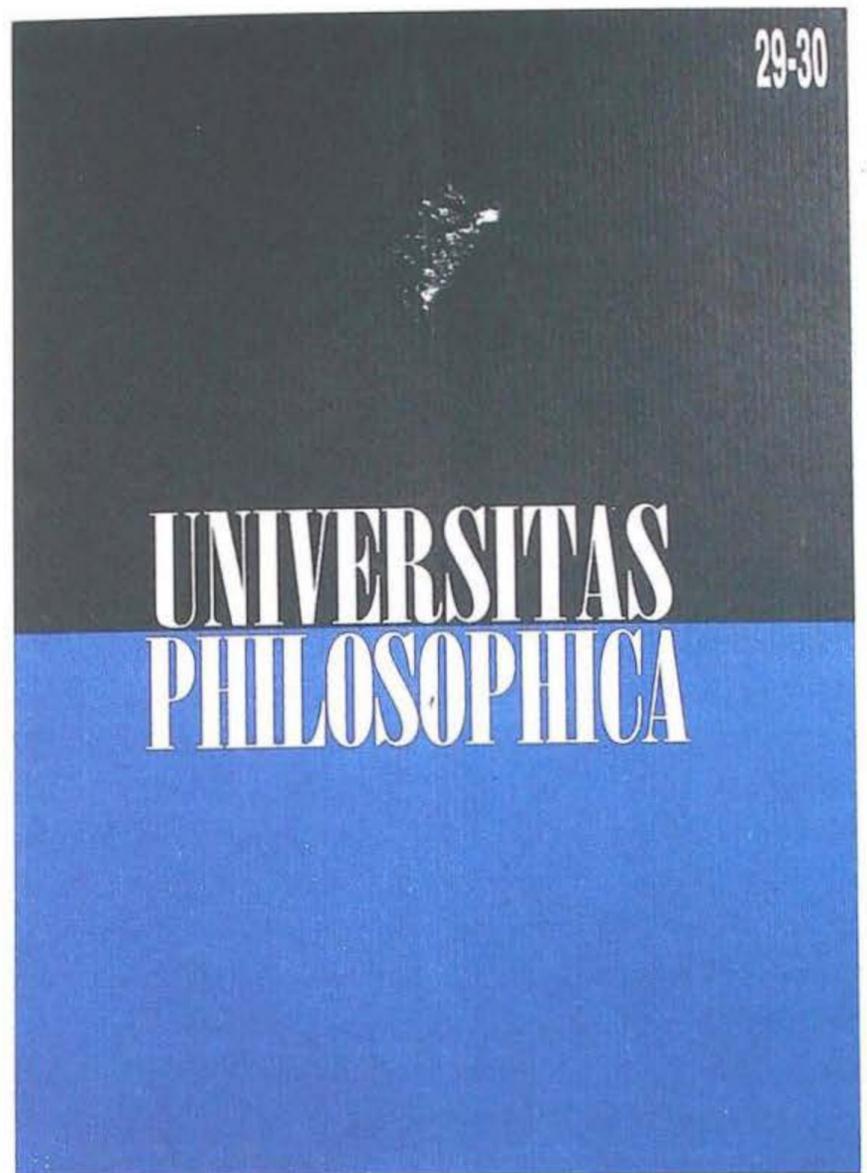
La cachetada sería soberbiamente castigada en los campos de concentración o en las cámaras de gas o, cuando hubo más suerte, con el envío al exilio. Los intelectuales, pues, quedaban dependientes de los vaivenes del poder, esto es, se habían politizado en contra o en favor de él. Entre tanto, el mundo técnico había prescindido de ellos y alcanzaba su autorrealización en la segunda guerra mundial y en la espantosa destrucción de Hiroshima y Nagasaki, produciendo máquinas bárbaras que podían matar en segundos miles de seres humanos.

Martin Heidegger y Ernst Jünger, dos críticos de la técnica desde posiciones conservadoras, pusieron en cuestionamiento el problema y lo valoraron como consecuencia del nihilismo. Jünger, que había sido protagonista y testigo directo del desastre producido por la técnica militar —considerando que para la época era capitán del ejército alemán— llegó a afirmar en sus *Diarios*: “En una situación en que son los técnicos quienes administran los Estados y los remodelan de acuerdo con sus ideas,

¹¹ Robert Musil, *Ensayos y conferencias*. Barcelona, Visor, 1992, pág. 84.



Revista Estudios de Filosofía, publicada por la Universidad de Antioquia desde 1990.



Revista Universitas Philosophica, de la Pontificia Universidad Javeriana, circula desde 1983.

están amenazadas de confiscación no sólo las digresiones metafísicas y las consagradas a las Musas. Lo está también la pura alegría de vivir”¹².

Estos dos casos no los menciona Cruz Vélez, pero hay simultaneidad en las preocupaciones: a su parecer, es probable que el intelectual resulte devorado por la técnica y por el poder que detrás la paga y la impulsa. Aquí esa “inteligencia libremente oscilante”, como la llama Karl Mannheim, perderá toda capacidad crítica y se entregará al sistema que tanto ha cuestionado. Cruz Vélez lo reafirma: “El intelectual puede sucumbir a las tentaciones que le presenta la sociedad industrial: el dinero, el confort, el lujo, la vida placentera y fácil”.

Este tipo de intelectual es Cruz Vélez. Aunque se presente como “un escritor libre que vive en Bogotá” —según se dice en la solapa de su libro—, en verdad aparece como un profesor excesivamente prudente, distante y “carente de mundo” (Hannah Arendt). No se enloda, no tiene relaciones con el ámbito burocrático o político, ni con el banal ruido de la sociedad de masas y, aunque no esté más allá del bien y del mal, parece disgustado con un mundo que no le pertenece, resignado a su papel de observador crítico de una realidad que se ha vuelto inaprensible en conceptos.

El caso contrario parece ser el de su alumno Rubén Jaramillo Vélez. A su regreso de Alemania, Jaramillo se propuso fundar una revista independiente, interesado en divulgar la filosofía crítica (Adorno, Horkheimer, Marcuse), pero pronto debió de percibir que esta tarea no era suficiente, que los vacíos formativos, de traducciones y en general de información humanística eran notorios. Entonces dirigió números sobre Marx y el derecho, Nietzsche, el expresionismo alemán; sobre la personalidad autoritaria y el Tercer Reich. Y luego se fue politizando, en el sentido de mostrarse más preocupado por la realidad colombiana. Pasó de la filosofía en sentido estricto a la historia. Posteriormente, en colaboración, coordinó números sobre la sociología

¹² Ernst Jünger, *Radiaciones. Diarios de la segunda guerra mundial*, Barcelona, Tusquets, 1989.

de la literatura, la relación entre universidad y sociedad, los derechos humanos y la ilustración neogranadina. Finalmente, comprometiéndose, colocando en justa dimensión su área de estudio al momento de valorar el problema, intentando comprender el país, recogió sus reflexiones en el libro *Colombia: la modernidad postergada* (1994, 1998)¹³.

Para Jaramillo, en Colombia se ha presentado un proceso de modernidad asincrónico, básicamente por tres razones: 1. A causa de nuestra peculiaridad histórica no tuvieron eco en Colombia los efectos de tres momentos esenciales a través de los cuales —según Hegel— se implantó la modernidad: la Reforma, la Ilustración y la Revolución Francesa. 2. Las actitudes de violencia, simulación, dogmatismo, intolerancia que vive nuestro país tienen su raíz en un modo de comprensión y representación del mundo de origen feudohispanico, que ha impedido la consolidación de una ética secular, civil, de responsabilidad individual: “Es una sociedad que salta del institucionalismo católico a la anomia social sin haber conocido la secularización”¹⁴. 3. El Estado y las elites sociales no han cumplido un papel activamente impulsor de valores de responsabilidad e iniciativa individual, espíritu laboral y comercial competitivo, además de no favorecer el cosmopolitismo intelectual en contra del provincianismo de campanario. La educación para grandes sectores de la población no fomenta la ilustración, esto es, según Kant, “la salida del hombre de su condición de menor de edad de la cual él mismo es culpable. La minoría de edad es la incapacidad de servirse de su propio entendimiento sin la dirección de otro”¹⁵.

No hay duda de que Jaramillo deduce con acierto cómo la carencia de filosofía propiamente dicha en España, y el triunfo del feudalismo hidalgo, amparado en la teología católica retroprogresista, tuvo efectos culturales devastadores en Colombia, incluso hasta hoy. En este sentido desarrolla las tesis de Hegel, que, como en todo, se anticipó al criticar el antieuropeísmo de España en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia* (1837): “Los españoles son el pueblo del honor, de la dignidad personal individual y, por lo tanto, de la gravedad en lo individual. Éste es su carácter principal. Pero en él no hay verdadero contenido, pues ponen la dignidad en el nacimiento y en la patria, no en la razón. Su caballerosidad ha descendido así hasta convertirse en un honor inerte. En la industria han permanecido rezagados. Las clases del Estado no han logrado la independencia. El Estado y la Iglesia no se han encontrado en oposición, porque ambos han dejado incólume aquella dignidad individual. Como queda señalado, se han protegido recíprocamente por medio de la Inquisición, que ha tenido un carácter duro, africano, y no ha permitido la génesis del yo en ningún aspecto. El pueblo bajo se ha sumido en una especie de mahometismo y los conventos y la corte han cebado a la masa perezosa y la han empleado para lo que han querido”¹⁶.

En el momento de reflexionar sobre nuestro devenir histórico, se podrá discutir el valor de las hipótesis de Jaramillo Vélez en *Colombia: la modernidad postergada*, pero sin duda constituyen un aporte que exige ser revisado y polemizado en un contexto más amplio donde se dialogue con trabajos recientes provenientes de la historiografía, la economía y la sociología.

Para finalizar, dos libros que aparecieron en el decenio a que se refiere este balance, merecen brevemente ser comentados. *Presupuestos metafísicos de la Crítica de la razón pura* (1996)¹⁷ de Carlos Másmela Arroyave, y *Nietzsche y la filología clásica* (1997)¹⁸ de Rafael Gutiérrez Girardot, éste último una revisión actualizada del publicado originalmente por Eudeba en 1966.

Tal como lo indica Másmela¹⁹, su libro quiere comprobar que los supuestos de la obra magna de Kant son metafísicos y no se reducen exclusivamente a una teoría del

¹³ Rubén Jaramillo Vélez. *Colombia: la modernidad postergada*, Santafé de Bogotá, Argumentos-Gerardo Rivas Moreno, 1998.

¹⁴ Rubén Jaramillo Vélez. *Moralidad y modernidad*, Santafé de Bogotá, Esap, 1998.

¹⁵ Immanuel Kant, “Respuesta a la pregunta ¿Qué es la ilustración?”, en *Argumentos*, núms. 14-17, 1986.

¹⁶ G. W. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1980.

¹⁷ Carlos Másmela Arroyave, *Presupuestos metafísicos de la Crítica de la razón pura*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1996.

¹⁸ Rafael Gutiérrez Girardot, *Nietzsche y la filología clásica*, Málaga (España), Analecta Malacitana, 1997. La edición estuvo a cargo de Manuel Crespillo.

¹⁹ Carlos Másmela es doctor en filosofía de la Universidad de Heidelberg y profesor titular de la Universidad de Antioquia. Es autor también de *Tiempo y posibilidad en la contradicción: una investigación sobre el principio de contradicción de Aristóteles* (1994).

El Poder de la Filosofía y la Filosofía del Poder

Darío Botero Uribe



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
FACULTAD DE DERECHO, CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES
ESCUELA SUPERIOR DE ADMINISTRACION PUBLICA
ESAP

Darío Botero Uribe, *El poder de la filosofía y la filosofía del poder*, Santafé de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1996.

Danilo
Cruz Vélez

Tabula
rasa



Danilo Cruz Vélez, *Tabula rasa*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial, Colección pensamiento, 1991.

conocimiento. Aunque no lo expresa de modo abierto, Másmela se enfrenta a las interpretaciones positivistas de Kant, en especial a las psicologistas y a las que partieron de neokantianos como Hermann Cohen y Paul Natorp. Másmela es un lector riguroso del capítulo “Deducción de los conceptos puros del entendimiento”. No se permite interpretaciones aventureristas y sigue ese método de lectura que Husserl convirtió en regla filológica en sus *Investigaciones lógicas* (1901).

Algo que llama especialmente la atención es que esta obra de Másmela, constituyendo tal vez el esfuerzo más riguroso por interpretar a Kant en Colombia, no haya merecido ninguna reseña de sus colegas, lo que ratifica lo señalado en el epígrafe de este ensayo: encerrados en escuchar su oráculo personal, a los filósofos colombianos no les queda tiempo ni de leer nada, ni de ver a ningún lado salvo al propio ego. Y ello confirma —hecho más grave— que no existe, evidentemente, en nuestro medio, *círculo filosófico*, si se entiende por éste un espacio para el diálogo tolerante, el planteamiento de proyectos gremiales que enriquezcan el ámbito intelectual y la búsqueda de nuevos canales de apertura para la filosofía.

El libro de Gutiérrez Girardot sobre Nietzsche es, antes que todo, un ejercicio soberano de investigación filosófica y un modelo de cómo se lee y se puede escribir filosofía. Escrito ya hace más de treinta años, constituye un clásico de los estudios hispánicos sobre Nietzsche (bien escasos por cierto). El objetivo general del trabajo, dice Gutiérrez, es “explorar la significación que tuvo para Nietzsche su relación ambigua y crítica con la filología clásica, es decir, para su tránsito a la filosofía”.

La monografía incluye un nuevo prólogo a la segunda edición, actualiza la bibliografía primaria y secundaria sobre Nietzsche, y la comenta brevemente para el lector hispánico. Las anotaciones sirven de guía para no perderse en el babélico catálogo

sobre el filósofo de quien dijo el gran poeta expresionista alemán Gottfried Benn: “En rigor, todo lo que mi generación discutió, alcanzó a analizar con el pensamiento, sufrió y aclaró, pasándonos por encima como un rodillo compresor, todo ya se había expresado y agotado en la obra de Nietzsche. En ella había encontrado formulación definitiva. Todo el resto era exégesis”²⁰.

Además trae un polémico epílogo en que discute las interpretaciones irracionalistas y vitalistas sobre Nietzsche. Finalmente Gutiérrez traduce “Homero y la filología clásica”, conferencia con la que Nietzsche inauguró su cátedra en la Universidad de Basilea en 1869.

AFORISMO FINAL

“Ejercer la crítica no resulta un acto arbitrario e impersonal —es, por lo menos, muy a menudo, la prueba de que en nosotros hay fuerzas vivas e impulsoras que expresan una corteza. Negamos y tenemos que negar, porque algo *quiere* vivir y afirmarse en nosotros, ¡algo que nosotros tal vez no conocemos aún!—. Esto sea dicho en favor de la crítica”. (F. Nietzsche, *La gaya ciencia* (1882), § 307).

²⁰ Gottfried Benn, *Ensayos escogidos*, Buenos Aires, Alfa, 1977, pág. 111.